

Sentidos de goce, sentidos del agua: las piletas de Castañeda

MARIEL GARCÍA LLORENS*

Es febrero, un jueves por la tarde. Miles de personas se pasean por el Circuito Mágico del Agua, ubicado en el Parque de la Reserva, en el centro de Lima. Estos visitantes acuden acompañados por sus familias, amigos o parejas a disfrutar de las trece piletas que lo han hecho merecedor al récord Guinness por ser el «Complejo de fuentes más grande del mundo en un parque público».

El Circuito Mágico del Agua es una de las obras públicas de la gestión municipal de Luis Castañeda —alcalde de Lima Metropolitana— que ha suscitado mayor polémica y críticas desde diversos sectores a lo largo de su construcción. Los principales cuestionamientos estaban relacionados con el elevado costo de ejecución de este proyecto (dieciséis millones de dólares) y con la relevancia de esta obra sobre otros problemas de mayor urgencia en la capital, como el transporte público o la seguridad, entre otros.

Sin embargo, una vez inaugurado, observamos que ha tenido un gran éxito entre quienes viven en Lima y quienes lo visitan desde otras partes del país o del extranjero: en promedio, este espacio recibe a treinta mil personas cada día. La mayoría de visitantes regresa a su hogar satisfecha por la experiencia. Conversando con algunos de ellos, observé que sus respuestas coinciden en afirmar que la gente acude porque es un espacio de entretenimiento «donde los jóvenes pueden divertirse de manera sana». Todos consideran que las caídas de agua proporcionan un placer visual y sonoro que relaja el estrés de la vida cotidiana. Todos dicen que definitivamente volverían.

Este espacio también se ha convertido en parte de la oferta turística que se brinda a quienes pasan por Lima. El parque cuenta, además, con el auspicio de tres grandes empresas privadas (Banco de Crédito, Telefónica y Coca-Cola) que van a donar este año seiscientos mil dólares para poder cubrir parte de los costos de su mantenimiento.

Frente a esta respuesta abrumadoramente positiva de la población, del sector turismo y de la empresa privada, parecería que los criterios tradicionales con los que se evalúa una gestión pública han dejado de tener sentido. Me explico: ya no es tan relevante priorizar el gasto público en función de un mayor número de beneficiarios o de la magnitud de un problema para la población. Tampoco importa cerrar un espacio público y restringir de esa manera el acceso a la ciudadanía. Menos aún proponer reelaborar un espacio de memoria colectiva que rinde homenaje a los reservistas que lucharon en la Guerra del Pacífico para reconvertirlo en un lugar de simple entretenimiento.

Cabe preguntarse, entonces, cuáles son los nuevos criterios con los que se evalúa una gestión pública (que influyen en la forma de hacer política), y cuáles son los nuevos sentidos que la mayoría de ciudadanos buscan y necesitan en la permanente construcción de su identidad. Estas son, a mi entender, las preguntas clave que debemos responder.

¿QUÉ DESEAMOS LOS PERUANOS?

Para caracterizar esta búsqueda de nuevos sentidos en la sociedad contemporánea, considero necesario vincularla con el contexto de abundancia¹ que actualmente vive el Perú y que representa una situación sin precedentes en su historia reciente. Hemos estado acostumbrados a movernos en escasez, en contextos de violencia política, de inestabilidad y de crisis. Hace unos años, sin embargo, ha aparecido un discurso que sostiene que vivimos un momento de bonanza económica y de gran crecimiento económico. «El Perú avanza», dice el gobierno en un gesto triunfalista. Este discurso se reproduce en diversos medios de comunicación y se plasma en Lima, por ejemplo, en la explosión de la construcción de edificios o en el florecimiento de áreas (y centros) comerciales en diversos puntos de la ciudad. Estas transformaciones urbanas son percibidas como «lo moderno», vale decir, lo que iguala a nuestra capital con otras urbes del planeta.

En estas nuevas condiciones, considero que lo que busca y atrae a la gente es gozar de los beneficios que trae la modernidad. Es decir, los peruanos de hoy no buscamos pensar en los problemas pasados,

en todo lo que nos falta, en lo que está incompleto, lo que nunca fue parte de, sino más bien en la necesidad de estar incluidos en el mundo actual, en ser parte de lo nuevo, de la modernidad que trae la abundancia. En otras palabras, estos nuevos sentidos frente a lo público se relacionan con una fantasía ligada con el goce. Ya no se trata de conocer, analizar y aprender, sino solo de disfrutar individualmente del momento presente.

En el caso del Circuito Mágico del Agua, la modernidad estaría plasmada en unas piletas de alta tecnología, colorido y coreografías que proporcionan un momento de diversión compartida por quienes las visitan. Como dice su folleto informativo, esta obra busca ser un «icono de la ciudad de Lima, orgullo de sus habitantes, símbolo de la recuperación de la calidad de vida y de la modernidad de la ciudad».

NUEVOS SENTIDOS A LA NACIÓN

Desde este punto de vista, podríamos entender al Circuito Mágico del Agua como un espacio de inclusión, en donde —por un breve lapso— todos somos iguales. Por cuatro soles, en efecto, se puede tener acceso a un tipo de entretenimiento que no es fácil encontrar en la ciudad. Quienes ingresan al circuito deben mezclarse y aprender a compartir el espacio con los demás para poder divertirse. Esto es algo muy positivo.

Pero uno puede también anotar lo siguiente: es solo en ese breve momento que todos «somos iguales»; es decir, aquello ya no ocurre en relación a los grandes ideales, en la comunidad imaginada desde o frente a los antagonismos del presente, sino desde la comunión instantánea y efímera del puro goce. Dicho de otra manera, pareciera que la igualdad en la sociedad capitalista contemporánea solo puede *imaginarse (sentirse)* a partir de un breve momento de entretenimiento en un espacio cerrado, pero no puede *pensarse (decidirse)* como un proyecto colectivo a largo plazo. Como diría Žižek,² la nación se redefine, hoy en día, como una comunidad de goce, y no como un proyecto articulado desde la historia, el trabajo o la producción económica.

Este viraje cultural no significa que la sociedad haya dejado de buscar sentido, sino que más bien la búsqueda ha cambiado hacia *otros* sentidos. Parece que hoy lo que menos importa es la conexión con el pasado que recrea a la nación, porque la mayoría de ciudadanos no están hasta ahora del todo incluidos en ella, ni se identifican con sus héroes y sus símbolos. El sentido de pertenencia a la nación no se hallaría ya en la historia, supuestamente común, sino solo en el presente.

Al preguntarles a los visitantes al Circuito Mágico del Agua, la mayoría no sabía por qué este espacio se llamaba 'Parque de la Reserva', ni qué era lo que recordaba. Al hacer la misma pregunta entre diversas personas al exterior de este espacio, fueron todavía menos las que supieron responder qué significaba o, incluso, dónde quedaba. Entonces, ¿la historia de quiénes representaba este monumento? Es probable que rememore a una ciudad letrada en extinción, minoritaria y ya envejecida. ¿Apelar a la historia, a la memoria colectiva, a los monumentos o a la nación tiene actualmente algún sentido? ¿Existe todavía ese sentido histórico que antes era el soporte mismo de la comunidad? En el mundo contemporáneo, todo se vuelve más físico, instantáneo, efímero. Tal vez ahora nuestro pasado solo se forma a partir de puras anécdotas personales y de las imágenes que vamos coleccionando con relación a ellas.

SER COMO TURISTAS, ESTAR AQUÍ COMO «EN OTRO PAÍS»

Pero hay algo más: para poder ser iguales por ese breve momento, es necesario olvidarnos de nuestros referentes, recurrir a la fantasía, a lugares comunes «universales». Los nombres de las piletas son elocuentes en ese sentido: la Fuente de la Abundancia, la de la Fantasía, la de la Ilusión, la de la Vida, la de la Armonía, el Río de los Deseos, etcétera. Nótese que todos los nombres hacen alusión a la construcción de un espacio utópico y feliz en el cual no hay lugar para ningún tipo de cuestionamiento o reflexión; nada en esos nombres nos vincula siquiera con nuestra realidad urbana inmediata o hace memoria sobre nuestra historia. Por ejemplo, ninguna pileta rinde homenaje a los reservistas de la Guerra del Pacífico, en honor a quienes se creó en primer lugar este espacio. Esta obra pública es una especie de «Disneylandia» proporcionada por el Estado y no por la empresa privada.

Algo similar se observa en lo que opinan los visitantes. Al preguntarles por qué les gusta acudir al circuito, algunos hicieron alusión a que «es como estar en otro país». Podría interpretarse que «estar en otro país» equivale a «no pensar» la realidad que vivimos, a poder bloquearla momentáneamente, y por

fin parecemos a nuestra fantasía de progreso.

Uno de los vigilantes municipales de las piletas me contó que se espera que para mediados de año se reemplace a las tradicionales anticucheras del Estadio Nacional —que están alrededor del parque— para que su lugar sea ocupado por cadenas internacionales como McDonalds y KFC. Para él, incluso, «con un D'onofrio nomás acabas con las anticucheras». De esta manera, el lugar se volvería más turístico. No podemos afirmar que esto sea lo que ocurrirá —puede ser la fantasía del propio vigilante—, pero es una hipótesis que manejan también vecinos de las zonas aledañas: se espera que esos negocios quiebren para que luego lleguen los inversionistas grandes.

Es decir, el proyecto completo aspiraría a convertir a este espacio en un referente turístico de la ciudad y, para ello, en vez de reafirmar lo típico de este lugar (como comer anticuchos luego de los partidos de fútbol), lo que se busca es despojarlo de su «sabor» local para imponer cadenas de comida rápida extranjeras, «universales» también.

Vemos que la modernidad termina siempre asociada a lo extranjero (llega cuando aparecen negocios foráneos), a lo último en tecnología y a lo que es llamativo para el turismo, empezando por quienes trabajan aquí y siguiendo por los que visitan el lugar, hasta terminar en la propia municipalidad. En el tríptico informativo se lee que se espera que las «fuentes cibernéticas con instalaciones multifuncionales» se constituyan «en un importante destino turístico de alcance internacional». El desarrollo —ese complejo concepto— equivaldría, en este caso, a la producción de una imagen consumible.

EL ALCALDE, ANFITRIÓN Y MESÍAS

Una tercera característica de la sociedad contemporánea y de su forma de pensar lo público que este Circuito Mágico del Agua nos provee es la personificación de la gestión del Estado. Como sabemos, el caudillismo es un fenómeno recurrente en la historia del Perú, y lo que quiero resaltar aquí es su manifestación en todos los niveles de gobierno.

La gestión del alcalde de Lima Metropolitana se caracteriza por obras muy vistosas, con impacto en la población urbana marginal y con rebote mediático. Castañeda gobierna como si estuviera haciendo campaña ante grandes audiencias, con una presencia «en ausencia». Parafraseando una frase muy utilizada por él, su máxima podría ser la siguiente: «[mientras yo sigo trabajando], las obras hablan por mí». Esta estrategia de pocas apariciones personales en los medios de comunicación y una presencia tácita constante a través de la publicidad de sus obras —acompañadas todas por su firma— en puntos clave de la ciudad, como los peajes, incide en su popularidad y contribuye con sus conocidas intenciones de postular a la Presidencia en las siguientes elecciones nacionales.

Una de las mayores atracciones del parque —que se repite varias veces cada tarde— es el espectáculo de música, láser y video que se realiza en una de las fuentes. Lo primero que se proyecta sobre las aguas es el escudo de la Municipalidad de Lima. Luego, las imágenes se organizan desde lo más universal, pasando por una especie de sucesión de conocidas postales turísticas nacionales (Machu Picchu, mujeres serranas en trajes típicos, alpacas, caballos de paso, etcétera) —que hacen por momentos que el video parezca un promocional de Promperú (mientras se escucha: «Tengo el orgullo de ser peruano y soy feliz»)—, hasta imágenes de Lima. Más exactamente, de catedrales, iglesias, casonas y edificios del Centro de Lima, iluminados y pintados bajo la gestión de Castañeda (acompañado por: «Déjame que te cuente limeña»).³

Al término de la proyección, la música clásica crece en intensidad, como al final de las películas hollywoodenses, y aparece nuevamente el escudo municipal. Un láser escribe sobre él la palabra «Construyendo», lema utilizado por Castañeda en los carteles que promocionan sus obras públicas. Luego desaparece el escudo para dejar paso a la siguiente frase, que aparece y desaparece tres veces: «JUNTOS PODEMOS LO IMPOSIBLE». Fin. Múltiples cámaras fotográficas, celulares y videograbadoras de los visitantes han capturado este momento. La multitud aplaude satisfecha y plenamente identificada con las imágenes proyectadas. Una señora me comenta que el alcalde es un hombre que «sabe lo que hace» y que supo aprovechar este espacio en favor de la juventud.

Un amigo que visitó el parque comenta que, hace un tiempo, el final del show consistía en la imagen de Castañeda proyectada sobre las aguas hablando acerca de Lima («Lima está linda», «Lima se está construyendo»). Este holograma, que volvía literal su frase «Mis obras hablan por mí», posiblemente

haya sido parte de la primera versión del show de luces. Castañeda aparece como el maestro de ceremonias que recibe a los visitantes (su foto con la mano alzada saludando aparece al inicio del tríptico informativo), y es quien cierra el espectáculo con su imagen proyectada sobre las aguas y su voz reproducida en estéreo entre los árboles ante varios miles de personas. Es inevitable pensar que ello tiene algo de profético. Ahora, basta con mostrar algunos símbolos de su gestión para hacer sentir su presencia.

Son tres las ideas que me interesa proponer aquí: la búsqueda de otros sentidos se relaciona con el imperativo de goce y con la personificación excesiva de la gestión política. Todo se ha vuelto individual: las obras públicas son asumidas no como esfuerzos comunes de toda la ciudad sino como méritos personales de quienes gobiernan y las difunden de ese modo a la población. Los alcaldes imprimen a las obras realizadas su sello personal mediante la firma de carteles y placas recordatorias. Creemos tener, entonces, un mérito individual por la obra pública realizada para el goce individual de quienes la visitan.

Observamos, entonces, que la noción de colectividad ha quedado postergada. Se reduce la noción de municipalidad, se personifica la gestión de la ciudad y nuevamente aparece el en la política, esta vez para brindarnos a todos un rato de diversión frente a nuestra rutina diaria. Lo trágico es que este tipo de gobierno personalizado, dado su éxito, es un modelo que se reproduce en la mayoría de gobiernos locales de la ciudad de Lima y del país.

HACIA UN GOCE CON SENTIDO

Hemos visto que la modernidad se vuelve una pura fantasía en la que se da prioridad a la forma, a la imagen vacía que solo muestra videos estereotipados de nosotros mismos y que quiere parecerse a algo que no es (lo extranjero). Es decir, según el discurso de la modernidad actual, debemos dejar de ser lo que somos para, finalmente, poder ingresar al mercado globalizado.

Entonces, ¿qué deseamos los peruanos? Pareciera que la respuesta es ser *otros* y simplemente gozar de la abundancia que trae la modernidad. Somos una sociedad post-violencia que no quiere asumir su pasado, que no quiere reconocerse. No buscamos un «museo de la memoria»: buscamos espectáculos de agua que borren las heridas.

Pero ¿son el espectáculo y las *performances* las únicas herramientas para construir el desarrollo? En otras palabras, ¿la única manera de reconstruir vínculos humanos en el país es a partir del compulsivo imperativo de goce? ¿Acaso el goce individual y efímero genera verdaderos vínculos entre los peruanos?

Pienso que habría que mirar con más detenimiento cómo las nuevas formas de hacer política enganchan perfectamente con los nuevos sentidos comunes de la sociedad contemporánea. Tenemos que preguntarnos por el rol que deberían cumplir los gobiernos locales en relación con una política cultural más estructurada. Además, tenemos que preguntarnos si las municipalidades deben seguir siempre el gusto de la gente o tal vez podrían arriesgarse más y proponer nuevos significados que recuperen un sentido de colectividad que dé cabida a los diversos grupos que habitan la ciudad, sin por ello dejar de hacerlo de manera creativa y entretenida. Estas, creo yo, son las interrogantes que no podemos eludir de cara al futuro.

* Investigadora del Instituto de Estudios Peruanos (IEP).

1 Creo que se trata más de una fantasía de abundancia, de un discurso, que de una realidad tangible, pues si bien han mejorado las condiciones de vida de ciertos sectores de la sociedad, las desigualdades se mantienen.

2 Zizek, Slavoj. «El malestar en la democracia formal». En: *Mirando el sesgo: una introducción a Jacques Lacan a través de la cultura popular*. Buenos Aires: Paidós, 2000.

3 La pista musical que acompaña la proyección del video y los dibujos sobre el agua realizados con láser de colores va alternando —sin compasión— toda clase de géneros musicales: desde cantos gregorianos (Carmina Burana), música clásica, valeses criollos y el célebre «El cóndor pasa», hasta rock internacional (Queen, Beatles).